

mer apuro, gracias al hábil y vigoroso ministro que tomó esta carga sobre sus hombros. Aun se necesitaba en esta parte de la administración proveer á la dificultad procedente de la situación extraordinaria del comercio, que ya hemos indicado sumariamente. Si por falta de paciencia no habia logrado Napoleon vencer con el bloqueo continental á Inglaterra, á lo menos habia echado los cimientos de nuestra industria. Así el hilado y el tejido del algodón ó de la seda, como la elaboración y los diversos usos del hierro habian conseguido muy notables adelantos. No menos sorprendentes eran los de la extracción del azúcar, de materias vegetales, indígenas de Europa, y del tinte ó colorido de las telas por medio de sustancias químicas. Ya se podian presentar nuestros productos en todos los mercados en estado de inferioridad en cuanto al precio, si bien de igualdad y aun á veces de superioridad en cuanto á la perfección, junto á los productos de las manufacturas inglesas. Pero deseoso Napoleon de herir de muerte al comercio lo mismo que á la industria de la Gran Bretaña, no se habia limitado á rechazar los productos fabricados por los ingleses, sino que habia prohibido las primeras materias traídas bajo su pabellon de igual modo, tales como el algodón en rama, el añil, el palo de tinte, el azúcar, el café, etc. Despues á la prohibición habia sustituido en el año de 1810 la famosa tarifa del cincuenta por ciento, que todas estas materias habian pagado. Sin embargo, nuestras manufacturas pudieron sobrellevar esta carga, seguras contra la concurrencia inglesa, por virtud de las prohibiciones absolutas. Sin necesidad de explicaciones se con-

cibe cuántas perturbaciones debia originar en situación semejante la repentina invasión de los productos británicos. Así el azúcar, el café, los tejidos de algodón, etc., tan afanosamente deseados por las poblaciones del continente, esparcidos en abundancia desde el año de 1813 por Alemania, hicieron irrupción en Francia el año de 1814 detrás de los ejércitos aliados. Traspuesto habian el Rhin, el Escalda, el Mosa, y seguido paso á paso á los soldados extranjeros, ó bien desembarcado simplemente en el litoral, porque nuestros puertos se apresuraron á admitir al pabellon británico antes de que llegase ninguna orden de París. De aqui resultaba que nuestras telas de algodón habian de sostener forzosamente la competencia con las telas inglesas, que á la ventaja de su fabricación económica juntaban la de no haber pagado el derecho de cincuenta por ciento sobre las primeras materias; que costando el café inglés veinte y ocho sueldos en Lóndres, y no sabiendo mas que treinta y ocho traído á nuestros puertos, se hallaba junto al café francés que á este precio tenia que añadir un derecho de cuarenta y cuatro sueldos, pagado al tesoro, y que por consiguiente venia á ser invendible, puesto que necesitaba exigir al comprador mas de cuatro francos, lo propio sucedia con el azúcar y con todos los géneros coloniales. De haberse logrado la paz sin la invasión extranjera, el método mas natural de proceder se hallara en suprimir gradualmente estos derechos, para dar lugar al consumo de las mercancías sobre que pesaba tal recargo. Mas habiéndose consumado simultáneamente la invasión de los soldados y de los productos extranjeros, no quedaba otro ar-

bitrio que sufrir las consecuencias de este doble accidente, y no prolongar el mal con la existencia de las tarifas, inaplicables ya del todo. Por ejemplo urgía eximir al algodón en rama de todo derecho, para que en su lucha con los productos británicos tuviesen que sobrellevar esta carga menos nuestras manufacturas. Del café, del azúcar, y en general de las materias coloniales se necesitaba disminuir sensiblemente los derechos, para que las pudiera suministrar el comercio de Francia, en competencia con el comercio de Inglaterra. Así, costando la libra de café á veinte y ocho sueldos en Londres, bien podía soportar un derecho de seis sueldos, que lo elevaba á treinta y cuatro y permitía al comercio despacharla á treinta y ocho, precio corriente en París desde la entrada de los aliados. Sin estas providencias nuestros mercados fueran abastecidos exclusivamente por los defraudadores, que vendían á ínfimos precios las mercancías introducidas detrás de los enemigos en Francia.

Estas razones claramente expuestas sirvieron de preámbulo á un decreto, que modificó provisionalmente las tarifas. Por este decreto suprimió el ministro los derechos sobre el algodón y las diferentes primeras materias, redujo los derechos sobre el azúcar y el café en siete octavas partes, prometió restablecer las líneas de aduanas tan luego como los ejércitos aliados evacuasen el territorio, y para esta época anunció el establecimiento de nuevas tarifas, bastantes á proteger á nuestros fabricantes contra los fabricantes extranjeros, sin hacerles pagar las primeras materias muy caras, y sin imponer á los géneros coloniales,

como el algodón, el azúcar, el café etc, mas que los derechos de que necesitaba indispensablemente el tesoro.

A pesar de lo juiciosas no tranquilizaron completamente estas providencias á nuestras ciudades fabriles, que temían un estremado favor para el comercio británico de principios llegados de Inglaterra; pero atenuaron los padecimientos actuales, á la par que no solo disminuyeron las zozobras, sino que dieron lugar á esperar un régimen prudentemente calculado, así que las circunstancias permitieran aplicar al comercio y á la industria una legislación definitiva.

Sobre estas medidas de interés comun se tomaron otras especiales para las provincias trabajadas por la guerra. Agentes se enviaron con el fin de restaurar los puentes, de componer los caminos impracticables, de enterrar los cadáveres, de reorganizar el servicio de postas, y en suma de restablecer el orden en las cosas usuales y materiales. Comenzando ya donde quiera las poblaciones, afligidas por las desventuras del país, aun cuando consoladas por la paz, á poner su confianza en los Borbones, se prestaban á cuanto se quería de ellas, y para cumplir las órdenes procedentes de París ofrecían hasta sus brazos. Con todo, si se llegaba á triunfar de las principales dificultades, á lo menos en las provincias que ya habían cesado de estar ocupadas, no acontecia lo mismo en aquellas donde aun se hospedaban los contrarios. Aquí se tropezaba con el obstáculo de las tropas extranjeras, por creerse autorizadas á practicar una autoridad absoluta, y cometer á la par toda clase de excesos. No se limitaban á saquear los palacios, á

destronar las cabañas, á ultrajar á las mujeres, sino que se apoderaban de las propiedades del Estado, y trataban de vender en su beneficio las maderas, los almacenes de sal, los metales contenidos en nuestros arsenales. Despojo universal era este público y privado, que además de arruinar al país exasperaba á las poblaciones, que las hacía poco favorables al nuevo gobierno, por considerarle injustamente como aliado y cómplice del extranjero.

Así es que se pedía á voz en grito la retirada de los ejércitos aliados. No á humillar á Francia, sino á librarla habiéndose, según dijeron al pasar el Rhin sus generales. Ya vencido Napoleon y desarmado y ausente, y aceptados universalmente los Borbones, ¿qué razón tenían para permanecer en Francia?

Este raciocinio tan exacto y puesto mas de relieve por las desdichas que se experimentaban entonces, habia penetrado en los ánimos de todos, y un clamor unánime llegado á los ministros, y de los ministros al príncipe depositario de la autoridad real, exigía la evacuacion del territorio francés sin tardanza alguna. Semejante clamor tan natural, tan acorde, tan respetable, se resentía de irreflexivo á pesar de todo. Con efecto, ¿cómo hablar de evacuacion de territorio á soberanos extranjeros, sin proveer acto continuo por su parte otra demanda de evacuaciones relativamente á los territorios que ocupábamos todavía? Ahora bien, los tales territorios eran plazas como Hamburgo, Magdeburgo, el Texel, Flessinga, Berg-op-Zoom, Amberes, Mons, Luxemburgo, Maguncia, Lérida, Tarragona, Figueras, Gerona, llenas de un material considerable, y algunas de ellas de magníficas es-

cuadras. ¿Qué posibilidad habia de pedir á los austriacos, á los rusos, á los prusianos, á los ingleses, que abandonasen la Champaña, la Lorena, la Alsacia, el Languedoc, sin que nos pidiesen al propio tiempo que abandonáramos plazas de primer orden y no destinadas á pertenecernos de ningún modo? De aquí debia resultar el grave inconveniente de irse de prendas de suma importancia para la negociacion de la paz futura. Ciertamente las condiciones de esta paz no podian variar gran cosa, porque el principio de las fronteras de 1790, se hallaba tan universalmente admitido que solo la espada triunfante de Napoleon fuera capaz de modificarlo. Pero, consintiendo en abandonar las provincias rhinianas y la Bélgica, esto es, el Rhin y el Escalda, aun quedaba entre estos dos ríos y nuestros límites de 1790 una excelente y sólida frontera con que mostrar contemplaciones á Francia, como se verá en breve, frontera que se podría obtener sin duda, negociando con teson y paciencia, en nombre de los Borbones, en nombre de la benevolencia que inspiraban y en nombre del deseo que se sentía de hacerlos populares. Fijamente uno de los medios de llegar á este resultado estribaba en la posesion de prendas tales como las que iban á ser entregadas, pues, fácilmente se concibe cuan embarazoso fuera para los soberanos aliados lo de haber de recuperar por la fuerza á Hamburgo, á Magdeburgo, á Amberes, á Magunciar, etc. Pero digámoslo de nuevo. ¿Qué posibilidad habia de reclamar la evacuacion de Francia sin promover al instante igual reclamacion acerca de los territorios que ocupábamos allende nuestras fronteras? Evidentemente ninguna, y no se halla-

ra negociador que fuera oído al suscitar una de estas pretensiones sin admitir de seguida la otra.

A la verdad cabría también asentir á la evacuación de las plazas mas distantes, como Hamburgo, Magdeburgo, el Texel y Flessinga á la parte del Norte, y Lérida, Tarragona y Figueras á la parte del Mediodía, tratando de retener á Amberes, Maguncia, Luxemburgo, Mons, como mas cercanas. Pero aquí vieran las potencias la intención de disputar las fronteras de 1790, y tan mal como la negativa absoluta de la evacuación de los territorios ocupados por nuestras armas, les sentara la oferta de una evacuación á medias.

Lo mas conveniente fuera sin duda revestirse todavía de paciencia por uno ó dos meses, pidiendo al emperador Alejandro y á los soberanos aliados órdenes terminantes, para que se tratase menos cruelmente á nuestras infelices provincias. Si los padecimientos que pesaban sobre ellas no invalidaran las reflexiones, de positivo no se dejara de calcular que, aun cuando sin demora firmaran un convenio de evacuación los ejércitos extranjeros, no partieran antes de dos meses de ningun modo, y con especialidad á causa de sus pretensiones respecto de varios de nuestros almacenes, y que sin que transcurrieran los dos meses citados, se podia firmar la paz, segun lo probaron los sucesos. Verdad es que el rey se hallaba ausente; pero ya que su ausencia no embarazaba la entrega de las primeras plazas de Europa, tampoco debiera impedir que se empezaran á discutir las bases de la paz cuando menos. Por desgracia el dolor no da lugar á reflexiones; y un clamor tan imperioso y unánime obligó al gobierno á venir á tratos

para una evacuación que por necesidad habia de ser reciproca. No dejemos de añadir para ser justos que los puntos que se trataba de abandonar de resultas, Hamburgo, Magdeburgo, el Texel, Lérida, Tarragona y otros, eran otros tantos testimonios de una política locamente ambiciosa, universalmente reprobada por entonces, de la cual no habia empeño en conservar ningun vestigio.

Mr. de Talleyrand, naturalmente encargado de dirigir las negociaciones, fué oído por los representantes de las potencias con interés vivo y con fingida benevolencia hacia Francia, á la que tenian prisa de libertar de la ocupación extranjera, segun sus aseveraciones terminantes. En realidad se mostraban muy impacientes por lograr la restitución de las plazas, que aun reteniamos en nuestras manos. Aunque Prusia estaba segura de poseer mas pronto ó mas tarde á Magdeburgo y Hamburgo, Inglaterra á Amberes, Austria á Maguncia, con todo en el deseo vehemente hay una impaciencia que no se satisface sino con la inmediata posesión del objeto deseado. Así prometiése evacuar la Francia sin tardanza alguna, á condición de que también nuestras guarniciones evacuaran los puertos, cuya enumeración acaba de ser hecha. Ni aun fué posible aspirar á retener las plazas de Amberes, Luxemburgo, Maguncia, entregando las de Hamburgo, Magdeburgo, etc. Sin embargo los monarcas aliados habian prometido tratar mejor á la Francia bajo los Borbones que bajo los Bonapartes. No lo negaban sus ministros, y al perseverar en mantener firmemente el principio de las fronteras de 1790, hablaron de una extensión territorial mas allá de los límites de en-

tonces, que se podria expresar por la adiccion de un millon de almas. En la imposibilidad de sacar mejor partido, Mr. de Talleyrand se vió obligado á darse por pagado con tal promesa. Todavía quedaba la cuestion grave del material contenido en las plazas que iban á ser restituidas. Allí habia, ademas de la artilleria, un vasto material de todas clases, que se podia disputar á lo menos, ya que no poner en salvo. No se trató de esto ni por asomo; tanta prisa habia de acabar por una y otra parte. Solo se avanzó á estipular que nuestras tropas saldrian con armas y bagajes y una pieza de campaña por cada mil hombres. A la verdad se reducía todo á la pérdida en dinero de unos treinta ó quizá cuarenta millones, muy insignificante en comparacion de la pérdida de territorio, si bien pérdida al cabo. No se fijó la atencion mas que en las magnificas escuadras construidas por nosotros en ciertas plazas maritimas, y esta parte del material reservóse para que fuera objeto de negociacion cuando se tratara de la paz definitiva.

De consiguiente se convino en que las tropas extranjeras evacuarian el territorio francés de 1790, á medida que se efectuara la evacuacion de las plazas distantes, que teniamos en nuestras manos; las del Rhin, dentro de diez dias, las del Piamonte y de Italia dentro de quince, las de España dentro de veinte, y las mas lejanas para 1.º de junio. Se entendia ademas que los prisioneros de todas las naciones, de donde quiera que se hallasen á la sazón, serian devueltos recíprocamente y sin demora.

Este convenio firmado por Mr. de Talleyrand el 23 de abril fué sometido el mismo dia al conde

de Artois y á su Consejo (1). Como cosa singular y demostrativa de la influencia de las preocupaciones del instante, hay que decir que no dió lugar á observacion alguna, porque respondia á un clamor universal, el de la evacuacion del territorio. Incapaz de prever las consecuencias de este ajuste el desgraciado principe sobre quien debia mas tarde hacer pesar una impopularidad nada merecida, de buena fé creyó que así libraba á Francia de la presencia de los soldados extranjeros, y lo firmó con gozo. Se dispuso que se publicara al instante, y el primer dia no excitó en el público muchos mas reparos que en el seno del real consejo. Pero en breve la critica se iba á alzar en su contra, y acerba y universal por causa del nuevo estado de los ánimos.

Considerable era, en efecto, y desde la caída de Napoleón, es decir, de un mes atrás, se habia operado esta mudanza. De la sumision absoluta, del silencio casi completo, que durante el imperio habia reinado, se pasó de improviso á una singular vivacidad de sentimientos y de lenguaje. Mientras la idea nueva al pronto y algo sorprendente de la vuelta de los Borbones se empezaba á propagar entre la masa del público y á parecer prudente y necesaria, mientras los Borbones comenzaban á hacerse populares por sus desgracias y sus virtudes, de improviso levantábase una viva y amarga querrela entre los partidos que despertaban de repente. Cierta libertad de hecho habia recuperado

(1) Mr. de Vitrolles, testigo ocular y que llevaba la pluma, dice que en el Consejo real no se hizo observacion ninguna.

la imprenta, no de derecho, pues seguian vigentes los reglamentos imperiales acerca de la librería. No se hizo mas que restituir á los propietarios de los periódicos, desposeidos arbitrariamente por Napoleon, lo que era suyo, y se les exigió la designacion de un redactor principal que respondiera de los actos de cada hoja. Así tuvo origen la libertad de imprenta bajo esta forma equívoca, por la cual estaba á merced del director de la librería. Según costumbre hacíase viva expresion de la pasion del momento, y esta pasion se cifraba en el odio al imperio, á sus guerras continuas y á su régimen arbitrario. Así reinaba un horroroso desencadenamiento contra Napoleon, contra su familia, contra sus ministros, y contra todo lo perteneciente á su sistema. Pronto remontándose algo mas arriba, del imperio se habia pasado á la revolucion, no siendo blanco de menos iras que Napoleon y todo lo suyo. Aunque al entrar en Paris el conde de Artois habló de olvido, y aunque lo impuso el Senado como expresa condicion del llamamiento de los Borbones, semejante olvido, mas fácil de prometer que de cumplir, no era practicado por nadie. Se tornaba á recordar la cruel muerte del duque de Enghien, y todavía mas violentamente la muerte inicua del infortunado Luis XVI. Bajo este aspecto el desencadenamiento llegó á tanto, que se descuidó á Napoleon por un momento, para acriminar exclusivamente á los regicidas, y para vomitar sobre ellos un torrente de injurias. A la verdad fuera necesario que la generacion presente hubiese perdido toda memoria, todo sentimiento de justicia y de humanidad, para no sentirse poseida de una compasion profunda,

al recordar el suplicio impuesto por fanáticos á uno de nuestros mejores reyes, y, sin embargo, para el reposo de Francia, para el desenvolvimiento de sus destinos, este grito de la conciencia pública era una solemne imprudencia. Mas inconsiderado aun, si era posible, que el partido realista, y con menos razon para sus arrebatos, tambien tenia el clero sus antipatías, y el cardenal Maury figuraba como blanco principal de ellas. Eclesiásticos, entre los cuales muy pocos habian defendido durante la revolucion la causa de la Iglesia, y ninguno habia rehusado los favores del imperio, no perdonaban al cardenal Maury, defensor el mas elocuente y animoso de su clase, lo de haber admitido la diócesis de París. Se empezó por acibararle con ultrajes, luego se declaró vacante su mitra, se nombraron vicarios capitulares, y se hizo todo lo necesario para obligar al cardenal arzobispo á abandonar su sede. Perseguido con tal violencia, se ausentó de París y cedió el puesto á sus enemigos encarnizados.

Siempre que se busca así á los partidos, se les encuentra al golpe. Con efecto pocos dias bastaron para alentar y reunir á todos los hombres atacados por los realistas de este modo. Divididos, y consternados calláronse al principio. Hasta un instante de júbilo sintieron los revolucionarios, vengados del imperio con su caída. Respecto de los empleados civiles y militares, afanosos por asegurar su existencia, no pensaron por de pronto mas que en prestar adhesion á los Borbones, y lo pusieron por obra de seguida, maldiciendo al Senado, que habia destronado á Napoleon, y aplaudiendo las burlas de los realistas en su contra.

Pero, al cabo de algunos dias de reflexion madura, así los revolucionarios como los empleados civiles y militares echaron de ver que era comun su suerte, y que si el golpe descargado sobre Napoleon por el Senado les tocaba en mucho, tambien este cuerpo les defendia al estipular garantías constitucionales. Así empezaron á colocarse detrás del Senado. Al leer en los periódicos del partido triunfante, únicos que á la sazón usaban de la libertad de imprenta, las furiosas declamaciones contra cuanto desde 1789 se habia llevado á remate, al ver que en torno de los príncipes y de los comisarios extraordinarios alzaban cabeza los hombres del régimen antiguo, se les alcanzó que bajo el nuevo orden de cosas por fuerza iban á estar en peligro, ó cuando menos en desgracia. Abandonando las filas á imitacion de los soldados, se venian á Paris en masa, y de modo que solo á ellos se encontraba en las calles y los sitios públicos, á donde concurrían á tomar parte en la agitacion general, y á ver de indagar cual seria su suerte. Un decreto expidió el general Dupont, ministro de la Guerra, para prescribirles que retornaran á sus cuerpos, únicos puntos donde conocerian el destino que les estaba reservado. Casi ninguno de los oficiales habia obedecido en medio de la confusion reinante; y seguian llenando la capital, donde la presencia de los soldados extranjeros les irritaba profundamente, y les impelia á dirigirles muy peligrosas frases. Especialmente se desenfrenaban muy á su placer contra los *traidores* que á su decir, habian entregado á Napoleon y á la Francia.

Recibido al pronto como natural y hasta como

á medida del deseo el convenio de 23 de abril, de cuyas condiciones inevitables acabamos de dar noticia, á pesar de que estipulaba la evacuacion del territorio, muy luego fué juzgado de manera distinta por los espíritus mal dispuestos. Aunque Hamburgo, Magdeburgo, Lérida, para nada interesasen á la verdadera grandeza de Francia, sin embargo estos nombres excitaban recuerdos inmortales; y ademas los militares experimentaron un dolor sincero, al ver que al catálogo de estos puestos lejanos se añadian los de Maguncia, de Luxemburgo, de Wesel, de Amberes, de Flessinga, despues de acostumbrados á considerarlos como franceses, y al ver cedidas todas estas fortalezas de un rasgo de pluma y sin compensacion de ninguna clase. Hasta el público mismo, el público razonable, desinteresado, á pesar de la alegría de la paz, á pesar de la prevencion fundadísima contra las conquistas lejanas, tambien acabó por sentir una honda tristeza á causa del abandono de tantas plazas de monta, y aun no suponiendo traicion á semejanza de los militares, se dolió de la mano de hierro de los extranjeros, no ocultándosele que al lisonjear á Francia, con el fin de manejarla mas á su gusto, de su grandeza no la dejarían mas que lo que no le podían quitar en ningun caso.

Así y todo, una viva y universal satisfaccion de resultados de la paz era siempre el sentimiento dominante, y si se oía alguna amarga censura, solo sonaba en boca de los hombres, cuya subsistencia se hallaba en tela de juicio á causa del cambio de gobierno, ó que se veían perturbados en su retiro por el desencadenamiento de las pasiones realistas. Entretanto el conde de Artois hacia cuanto es-

taba á su alcance para contener á todo el mundo, y para atraerse el ejército sobre todo. A comer invitaba á los mariscales, á los generales, á los coroneles residentes en París; por serles grato se manifestaba agasajador hasta lo sumo; pero veía muy á las claras que se hallaban en las Tullerías solamente como convidados y no como comensales. Realistas eran los verdaderos huéspedes de aquel palacio, que tantas generaciones, diversas de origen y de espíritu y de sentimientos, habian cruzado y debian cruzar todavía; realistas, que empezaban á afluir de las provincias y de la emigracion en tropel numeroso. Ellos solos gozaban de una intimidad positiva, no tan obsequiados sin duda ni tan lisonjeados como los gefes militares, si bien mas queridos á todas luces. Allí entraban á todas horas, y si el conde de Artois no les podia recibir por sí mismo, á sus familiares encargaba de este cuidado. Segun ya hemos dicho se recibian sus testimonios de adhesion antigua y sus ofertas de nuevos servicios; además se recibian sus informes, se les dejaba constituirse en una especie de policia, que oficiosa al principio, de fijo aspiraria á otro papel antes de mucho. Ya hemos hablado de estos hombres entremetidos, que el conde de Artois tenia la debilidad de admitir á su lado, á quienes tenia la imprudencia de dar ó de permitir que se tomasen comisiones. Algunos de ellos se encargaron de correr detrás de la princesa Catalina, esposa del principe Gerónimo Napoleon. Esta princesa, hija del rey de Wurtemberg, merecedora de gran respeto por sus cualidades personales, fué detenida cerca de Fossard, á tiempo en que aspiraba á pasar á Alemania, y fué

despojada de cuanto llevaba consigo. Los hombres que llevaron este desman á cabo, diciéndose provistos de una comision oficial, bajo pretesto de hacer que volvieran á ingresar en el tesoro, los valores pertenecientes al Estado, se presentaron en las Tullerías con los cofres del equipaje, fruto de su despojo é intactos, á lo menos en la apariencia. Asi que tuvo noticia de la consumacion de tal acto, el emperador de Rusia, indignado hasta lo sumo, envió á su ministro á quejarse y á pedir reparacion del insulto á una princesa respetable, amparada por el tratado de 11 de abril y con la cual le unia además parentesco cercano. Por primera satisfaccion se mostró prisa en devolver los cofres que se hallaron vacíos del todo. Asi desaparecieron los diamantes de la princesa, tasados en un millon y quinientos mil francos. Negando aquello de que se les acusaba, se defendieron los hombres que la habian detenido, y para el caso de que se les persiguiese desde luego amenazaron con que decididamente comprometerian al gobierno provisional, revelando la comision que habia puesto á su cargo; y sin hacer misterio divulgaban que fué la de asesinar á Napoleon.

Muy dudosa era de fijo tal especie, mas no asi la circunstancia de que en medio de aquel horrible caos se habian cometido muchas imprudencias de lenguaje, y que de continuar por tal sendero se multiplicarian los incidentes malhadados. Como veinte dias se contaban de la residencia en París del conde de Artois y ya se anhelaba que Luis XVIII llegase á empuñar las riendas del Estado. Tal era el voto de los amigos ilustrados del principe y tambien el suyo, pues á pesar de lo apasionado á mez-



clarse en todo, le asustaba la responsabilidad que diariamente asumía sobre su cabeza. Con efecto, unas veces necesitaba providenciar sobre la suerte de las contribuciones, otras sobre la del comercio y aun la del territorio, en la ausencia de un hermano á quien tenía miedo, que era rey y muy coloso de su autoridad. Al conde de Artois se le acababan de juntar sus dos hijos. Un mes antes se habia presentado en Burdeos el duque de Angulema, príncipe modesto, valeroso, de cortos alcances aunque de gran juicio. Por la Bretaña y la Normandía penetró en Francia el duque de Berry, dotado de natural talento y de sentimientos generosos, bien que arrebatado. Con mucha pompa y grandes demostraciones de alegría se recibió á las puertas de París á estos dos jóvenes príncipes, también seguidos por una nueva cohorte de realistas fogosos, lo cual distaba mucho de ser prenda de mayor unidad y cordura en el gobierno.

Fundadamente se deseaba por tanto la presencia del rey, porque se esperaba mucho de su prudencia, y también porque todos estaban impacientes de ver resueltas lo mas pronto posible una porción de cuestiones dejadas en suspenso hasta su llegada. ¿Cómo recibiría este monarca las condiciones que le quería imponer el Senado? ¿Qué valor atribuiría á los empeños contraidos por el conde de Artois en su nombre? Término importaba poner á estas dudas, y entretanto cada cual habia procurado prevenir á Luis XVIII en favor de sus intereses. El conde de Artois hizo decir á su hermano que no le habia comprometido mas que de una manera muy vaga, y que así quedaba absolutamente libre hasta respecto del texto de la

constitucion senatorial, y mas libre aun acerca del juramento exigido; que no existia obligacion verdadera sino relativamente á las bases generales de la constitucion, y aun á reserva de la voluntad real, lo que dejaba mas amplitud. Evidentemente para justificarse el conde de Artois de lo mucho que se habia comprometido, procuraba atenuar los empeños que contrajo ante el Senado. Mr. de Talleyrand que envió cerca de Luis XVIII primeramente á Mr. Liancourt (el cual no fué recibido ni escuchado, segun se verá en breve) y despues á otros personages menos dignos de una mision de tal importancia, en vez de hablar el lenguaje de la razon, hizo uso del de la lisonja, y queriendo también persuadir al nuevo rey de haber salido su autoridad á salvo, le participó que con halagos á los mariscales y con una declaracion general á tenor de las ideas reimantes, publicado á su entrada en Francia se satisfarian todas las necesidades del momento. Aun no apartándose de su punto de vista personal, Mr. de Montesquiou mostróse mas veraz y mas firme. Al escribir á Luis XVIII expresó mucho enojo contra el Senado y contra la pretension de este cuerpo de imponer condiciones al monarca, pero no disimuló ni la gravedad de los empeños contraidos, ni la fuerza que conservaba el Senado. A las claras dijo que Francia no era tan realista como algunos se complacian en suponerla; que muchas gentes se dolian de la caida del imperio; que otras, muy adictas á las ideas de la revolucion, no estaban en ánimo de abjurar de ellas ni por asomo; que especialmente el ejército se mostraba hostil á la dinastia legitima; que, teniendo la fuerza material de su parte, estos descon-

mentos de todas especies, se hallaban prontos á colocarse detrás del Senado y á darle así un poder formidable; que de consiguiente había que contar con este cuerpo aunque fuese muy á disgusto; que algún partido se podia sacar de la rivalidad del Cuerpo legislativo, si bien era débil y estaba incompleto; que el Senado conservaba la autoridad principal, y así no había mas arbitrio que el de tomar de su constitucion lo menos malo, para formar un acta que emanara de la autoridad real tan solo; que por otra parte la situacion de la hacienda era muy precaria; que probablemente exigiria un empréstito considerable y que no se hallaria quien prestara dinero, sin la intervencion de los grandes cuerpos del Estado. Aunque fuese incompleta la verdad de estas nociones con mayor exactitud bosquejaba el estado de las cosas que lo trasmitido por el conde de Artois y Mr. de Talleyrand al soberano. Por lo demás, unas y otras noticias fueron en Hartwell causa de sorpresa.

Luis XVIII, que despues de la muerte de Luis XVII, hijo del desgraciado Luis XVI, habia llegado á ser rey legítimo, segun los principios de la monarquia hereditaria, ya hacia algunos años que residia en Hartwell en Inglaterra, donde le habian fijado su inamovilidad natural y su amor al estudio. Por decirlo así, habiase dormido en la pacifica uniformidad de su destierro, cuando los sucesos terribles de 1812 despertaron en su corazon la esperanza casi extinguida. Así tuvo cuidado de formular ciertas declaraciones menos vagas que las antecedentes, conteniendo la promesa de reformar los antiguos abusos, de olvidar lo pasado, de respetar la enagenacion de los bienes nacionales,

lo cual en suma constituia el programa de la emigracion mas liberal por entonces. Estas declaraciones esparcidas por Europa, no habian penetrado en Francia. Cuando Luis XVIII supo los actos del Senado sintió una alegría tan vivaz como la experimentada por el conde de Artois, aunque algo menos expansiva, y en el primer instante no reflexionó mas que su hermano habia pensado en Nancy, relativamente á disputar sobre las condiciones de su llamamiento al trono. De resultas, Mr. Blacas, que habia llegado á ser su confidente y ejecutor de todas sus voluntades, recibió la orden de preparar el acta de su adhesion á la constitucion senatorial. Efectivamente no le parecia que era comprar á muy caro precio su vuelta á Francia lo de aceptar una forma de gobierno que desde su estancia en Hartwell se practicaba á su vista con gran ventaja de Inglaterra y sin otro inconveniente que el de las desazones, serias á veces para los ministros.

En tal disposicion de espíritu le hallaron los emisarios del conde de Artois, de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Montesquiou. Muy acomodaticio, segun se ve patentemente, para las cosas, lo era mucho menos respecto de las personas, porque ceden mas bien á aquellas que á estas las preocupaciones antiguas. No las cosas, sino las personas son las que tienen cara, que dispierta á menudo impresiones fatales ó enconados rencores. El respetable Mr. Liancourt, odioso á la antigua nobleza por haber manifestado buen sentido en los primeros dias de la revolucion, y encargado por Mr. de Talleyrand de dirigirse á Hartwell, fué allí recibido con tal frialdad, que volvió á partir inmedia-

tamente, no estando de humor de humillar delante de los emigrados, aun cuando fuesen de alta categoría, ni su ilustre nacimiento, ni sus luces, ni su vida honrosa. Diferente fué la acogida para los otros mensajeros de Mr. Talleyrand, y con especialidad para los del conde de Artois y de Mr. de Montesquiou. Asi que por ellos se enteró Luis XV II de haber salido á salvo el principio de la autoridad legitima del soberano, segun la entendian los rigoristas del realismo, de que podia conservar los colores de la antigua monarquía, sin necesidad, por otra parte, de someterse á condiciones, ni de prestar juramento, y de que para satisfacer las exigencias de la situacion bastaria con una declaracion general de principios, se apresuró á dar de mano á su acta de adhesion y á tomar una actitud régia del todo. Se le aconsejó que despues de abandonar á Inglaterra marchase lentamente, á fin de recibir por el camino los homenajes de las poblaciones, y que hiciese parada en uno de los palacios de la antigua monarquía, el de Compiègne, por ejemplo, que Napoleon habia restaurado con magnificencia. Allí podia ver y oír á todo el mundo, relacionarse con los hombres y con las cosas antes de entrar en Paris y de contraer empeños que esta vez serian personales y obligatorios. De buena voluntad aceptó el consejo, y decidió que despues de visitar en Lóndres al príncipe regente de Inglaterra, á quien debia una hospitalidad tan noble, se dirigiria por Calais á Compiègne, para recibir allí de sus súbditos el primer homenaje.

A 20 de abril hizo Luis XVIII su entrada en Lóndres. Sin que se necesiten mas datos, fácil-

mente se adivina qué sentimientos experimentarían los ingleses al ver restablecida la casa de Borbon sobre el trono de Francia. Mientras unas tras otras habian reconocido todas las potencias de Europa á aquel á quien se llamaba el usurpador, y hasta habian expulsado á los Borbones de sus respectivos territorios, solamente Inglaterra se habia negado á reconocer á Napoleon en calidad de emperador de continuo, y habia acogido á los príncipes desterrados, cubriéndolos con su hospitalidad inviolable. Realmente, por mas que sus ministros lo negasen ante el parlamento, siempre habia ido en pos del restablecimiento de los Borbones, como quienes mas la vengarian de Napoleon y de la revolucion francesa. Aun cuando mas de una vez hubiese deseado la paz sin la menor duda, y preséntase á celebrarla de igual modo, no embarazándolo mas que la obstinacion de Napoleon respecto de España, al presente olvidaba estas horas de flaqueza, solo pensaba en el último triunfo de la coalicion, y se atribuia el mérito exclusivo. De prestarla asenso, no era á los generales prusianos, austriacos ó rusos, que habian tenido que habérselas con Napoleon en las terribles campañas de 1813 y de 1814, á quienes se debia la victoria definitiva, sino á lord Wellington, que, no con Napoleon, sino con el mariscal Soult se habia tenido que medir en suma. Nadie fuera capaz de borrar estas ideas de la mente de los ingleses, poseidos de una verdadera embriaguez de alegría y de orgullo. Gran parte les habia cabido á todas luces en el resultado, del cual iban á sacar el mayor provecho. Ante todo se les figuraba, y mas aun de lo que debia de ser al cabo, que los Borbones, penetrados

de gratitud y amoldados á sus costumbres é imbuidos en su espíritu, serian el apoyo mas firme de la política británica. Asi determinaron hacer un magnífico recibimiento á Luis XVIII. Durante los tres dias que pasó este príncipe en la ciudad de Lóndres, todos los ingleses llevaron en el sombrero la escarapela blanca, y le saludaron con tantas aclamaciones como pudiera oír en su capital misma. Se le vió dentro del palacio, teniendo á su derecha al príncipe regente y apoyándose en su brazo, á su izquierda al duque de York, y así fué á ocupar el sillón real como huésped y como monarca. Apenas tomó asiento, rodeado de las dos familias reales y de un inmenso concurso de ingleses, oyó en la actitud mas magestuosa el discurso del príncipe regente, quien le felicitó por su vuelta al trono de Francia, y bajo el aspecto de ser un suceso venturoso, no solamente para esta nacion, sino tambien para Inglaterra, para Europa, y para todo el mundo, suceso en el cual experimentaban los ingleses un verdadero gozo de familia. Luis XVIII respondió á este discurso dando al príncipe las gracias por sus testimonios de amistad, por su hospitalidad generosa, y añadió estas palabras tristemente memorables: *que á sus sanos consejos, á sus nobles esfuerzos y á la infatigable perseverancia de su nacion, atribuia siempre, despues de la Providencia, el restablecimiento de su familia sobre el trono de Francia.*

10 Semejantes palabras, tan al hilo de las pretensiones de los ingleses y aun de sus esperanzas, fueron acogidas por ellos con entusiasmo. Divulgadas al instante con la rapidez de la publicidad británica produjeron extraordinario efecto. ¿Al pronun-

ciarlas Luis XVIII, no pensó mas que en sus huéspedes, con deseo de acreditarles su justa gratitud en los términos mas adecuados á conmovér su alma? ¿O bien pensó en el Senado, que pretendia llamarle condicionalmente al trono, en los soberanos del continente, que apoyaban al Senado, y que, fundándose tambien en los servicios prestados á los Borbones, pretendian darles y hacer que fueran oídos sus consejos? ¿Acaso quería decir así á los unos como á los otros que solo se reconocia obligado á Dios y á Inglaterra? Lo ignoran todos; mas lo verosímil es que únicamente se sintió dominado por un puro sentimiento de cortesía hácia la nacion á quien se consideraba mas obligado que á otra alguna. Cualquiera que fuese la índole de palabras tales, como acontece á menudo, el efecto debia ser mayor que la causa.

10 Festejado Luis XVIII durante tres dias en Lóndres, aplaudido con frenesí en todas partes, antes de la despedida confirió al príncipe regente el cordon azul, distincion la mas brillante que pudiese otorgar la corona francesa, y que suponía el restablecimiento de la orden del Espíritu Santo. De Lóndres partió el 23 de abril, llegando el mismo dia á Douvres, acompañado del príncipe regente y de la mayor parte de los príncipes ingleses, y de los más altos personajes de la aristocracia. Se embarcó el dia siguiente 24 é hizo rumbo á Calais, escoltado por una escuadra de ocho navios de línea, muchas fragatas, y una multitud de buques lijeros. Toda la población de Douvres y de sus contornos, llevando la escarapela blanca en los sombreros, agitando pañuelos blancos, y teniendo al mismo príncipe regente á la cabeza, saludó al

monarca francés con sus aclamaciones y sus votos, y no abandonó la playa hasta que le hubo perdido de vista. Hasta la costa de Francia acompañó el duque de Clarence á Luis XVIII, y no se apartó de su lado hasta que sonó el cañon de las dos naciones, que no habia retumbado en aquellos sitios desde la época del campamento de Buloña; ¡Qué contraste! ¡Qué mudanzas! ¡Ah, en nuestro agitado siglo, amenudo han bastado uno ó dos años para asistir á los espectáculos mas distintos y extraños!

Al llegar el rey á Calais encontró á una inmensa muchedumbre, que le aguardaba, por decirlo así de rodillas. Una vez acostumbrados los ánimos á la idea del restablecimiento de los Borbones, todos procuraban á porfía gozar, aprovecharse y conmovirse á su presencia. Además toda ciudad de provincia que recibe al soberano, cautivada por el honor que se le concede, vivamente movida ante un espectáculo nuevo y raro para ella, sin duda experimenta transportes de amor que son sinceros, mas no duran como se le figura y afirma y se desearia que fuese positivo. No con alborozo, sino con lágrimas fué recibido Luis XVIII, porque el imperio de los recuerdos ejercia á la sazón un inmenso influjo, y al pensar en la larga y sangrienta tragedia empezada el año de 1789 y concluida el año de 1814, de cierto podian los franceses verter lágrimas y no fingidas. Añadiéndose á la emocion como siempre la lisonja, ya se conciben las demostraciones de que Luis XVIII fué objeto. Despues de dedicar un dia á la poblacion de Calais y de los alrededores fué á dormir el 26 á Buloña, el 27 á Abbeville, el 28 á Amiens, saboreando lentamente

el incienso quemado ante la autoridad legítima, y por fin el 29 hizo su entrada en Compiègne, donde le aguardaban los personajes mas altos y mas ilustres, que habia á la sazón en Francia y en Europa.

Extremada era la impaciencia de ver al rey y de conocerle, porque al estímulo de la curiosidad se agregaba el interés. ¿Con qué soberano tenian que entenderse aquellos nuevos súbditos, procedentes unos de la revolucion y del imperio, y otros de la emigracion? ¿Con qué aliados tenian que entenderse aquellos monarcas del continente, que iban á restablecer la casa de Borbon sobre el trono de Francia, y que ya oian poner en cuestion sus servicios? Tales eran las preguntas que se dirigia todo el mundo. A juzgar por la actitud y por las primeras palabras de Luis XVIII, motivo se hallara para considerarle como el mas altivo, el mas orgulloso, el menos prudente de los emigrados. Con efecto, ya sus palabras al príncipe regente habian inquietado sobremanera á los hombres que habian dado á la última revolucion muy firme apoyo, y afectado desagradablemente al ejército, que detestaba á Inglaterra mas que á ninguna otra potencia, y desobligado, en fin, á los soberanos aliados, que no admitian que Inglaterra lo hubiese hecho todo, ni que en los últimos sucesos entrase al igual de la Providencia. Sin embargo, todos se manifestaran injustos respecto de Luis XVIII, si le juzgaran por estas primeras impresiones.

Al golpe, y por ser ya el conde de Artois muy conocido, se echó de ver que existia una diferencia extremada entre los dos hermanos. A la par que el conde de Artois lucia el donaire y la ele-

gancia de su esbelta y desembarazada apostura, el conde de Provenza, ya Luis XVIII, mostraba pesadez y torpeza. Abultado de vientre, lo cual ya le molestaba á los sesenta años, edad con la que frisaba en 1814, y además gotoso, andaba apoyado sobre un bastón y con trabajo. A la sazón vestía casaca azul con las antiguas charreteras de general. Sombrero pequeño y de forma inglesa, y polainas de terciopelo, que cubrían por completo sus piernas enfermas. Pero sobre aquel cuerpo torpe y pesado se levantaba erguida y arrogante una cabeza hermosa y expresiva, aunque algo ancha, diferente de la de los Borbones en tener la nariz poco aguileña, y notable sobre todo por la mirada vivaz y dominadora, cual pudiera convenir á un hombre de genio y de gran carácter. Cuanto había de movilidad y de afabilidad en la actitud del conde de Artois, se notaba de calma y de altivez en la de Luis XVIII. Por el talento se diferenciaban no menos los dos príncipes que por su persona. Al paso que el conde de Artois, aprovechándose de sus dotes individuales había buscado y hallado en otros días los placeres del mundo, llevando una vida frívola en la corte de la reina María Antonia, y después de arrepentirse á la hora de la desgracia, se había hecho devoto, no conservando más que la bondad de su antigua existencia; por el contrario, Luis XVIII, privado de las ventajas físicas de su hermano, había procurado la compensación en el estudio, y tratando de hacerse á fuerza de aplicación un espíritu grave, no llegó á adquirir mas que instrucción de adorno; en relaciones estuvo con los literatos de sus días, los de segundo orden por supuesto, dado que los de primera nota como

Montesquieu, Voltaire, Rousseau, fueran demasiado comprometedores para un príncipe de la sangre; y no obstante, estuvo tocado de las ideas filosóficas y aun revolucionarias, y venidos los desencuentros, sin arrepentirse á imitación del conde de Artois, en filosofía conservó opiniones poco religiosas, en política opiniones sanas, y cuando se lanzaba á las exageraciones y á las intrigas de la emigración, su mismo hermano, por moderación natural evitó las primeras, por aversión al movimiento las segundas, y unas y otras por distinguirse de aquel miembro de su familia, á quien no aprobaba su conducta y á quien todavía amaba menos. No teniendo maldad de corazón, aunque sí de cabeza, burlon de suyo, algún tanto egoísta, ansiando mas que nada el reposo de que necesitaba á causa de sus enfermedades, dando mucha menos importancia al ejercicio que al principio de su autoridad, de la cual se mostraba mas orgulloso que ningún monarca del orbe; de continuo propenso á delegarla á quien se prosternase delante de ella; aborreciendo los negocios y abandonándolos presurosamente por abstraerse con sus favoritos autores, que eran los latinos, á quienes citaba á menudo y oportunamente, bello talento coronado en suma, excelentemente acomodado, por lo que tenía y por lo que le faltaba, para el poco activo papel de rey constitucional, á que se han acostumbrado los reyes de Inglaterra, por fortuna suya y de su patria, Luis XVIII así por sus defectos como por sus cualidades, se hallaba distantísimo de los excesos en que estaba amenazado de caer su hermano. Tal era este monarca y, en nuestro dictámen, tal le presentará la

imparcial historia á las generaciones venideras.

No se daría á conocer á Luis XVIII por completo, si no se hablara de un personage reputado á la sazón como el que sobre su ánimo ejercía mayor ascendiente; se alude á Mr. de Blacas. Sean ó no príncipes, los hombres que padecen achaques tienen mucha mas necesidad de relaciones intimas que los otros. Esta necesidad sube de punto cuando se carece de familia, como Luis XVIII, viudo y sin prole; y si á mayor abundamiento ocupan un trono, á la mano tienen la manera de formar aquellas intimidades de amigos asiduos, obsequiosos, sumisos, y llamados á veces, á los cuales, con razon ó sin ella, se atribuyen de buena voluntad todas las faltas del reinado.

Por largo tiempo Luis XVIII tuvo á su lado á Mr. de Avaray, y ya difunto, sustituyóle Monsieur de Blacas. Vástago de una familia ilustre de Provenza, emigrado desde el principio, participando de todos los sentimientos de la emigracion francesa, bien que no con fogosidad sino con obstinacion fria, hombre honrado, altanero, de mucha estatura, seco de cuerpo y de carácter, acreditando todo el buen seso compatible con el espíritu de partido, mas celoso de dominar en la cámara del rey que en el Estado, teniendo además como su señor una útil desaficion á los negocios y un gusto delicado por las artes, en manos de un ministro hábil que supiera plegar la corte á los designios del gobierno, quizás lograra ser Mr. de Blacas un instrumento precioso para que á los pies del trono llegara la verdad, que amaba por extremo, cuando la descubria su mente. De todos modos, despues de saludar y de adular á Luis XVIII, á Mr. de

Blacas iban á llevar su grosero y fatigante incienso los cortesanos de todas las politicas situaciones.

Cuando Luis XVIII se aproximó á Compiègne llevando consigo á su sobrina la duquesa de Angulema á la cual llamaba su hija, y á los dos Condes, el abuelo y el padre del duque de Enghien, afectando así rodearse de las grandes victimas de la revolucion, la muchedumbre de cortesanos, así los que no podian ser otra cosa, como los que para mas tenían ensanche, los mariscales, por ejemplo, se adelantaron á su encuentro con afán inaudito, y si se atrevieran á tanto, si lo consintiera el monarca, hasta se postrarán de hinojos. A Berthier habian comisionado para que hablase en su nombre los mariscales, por sus años, su situacion especial y su talento, y Berthier, quebrantado por las vicisitudes, anhelante por el porvenir de sus hijos, habia admitido este papel cuya inconveniencia sentia en lo íntimo del alma. Sin proferir una sola palabra ofensiva contra el grande hombre, de cuya gloria habia participado, tambien expresó las vaciedades que á la sazón sonaban en los labios de todos. A su decir, los mariscales, como representantes del ejército, llegaban ante un padre á quien Francia habia tenido la desgracia de desconocer por muy largo tiempo, si bien ya aleccionada por la experiencia y las desventuras, se volvía á su persona con extremos de regocijo, bien segura de tornar así al reposo, á la prosperidad, y aun á la gloria de que habia gozado bajo el cetro de Enrique IV y de Luis XIV. A este padre se apresuraban los gefes del ejército á ofrecer su corazón y su espada, que nunca habian pertenecido mas que á Francia, y por consiguiente se debían al sobe-